

PASEO AHUMADA (ex Calle de Ahumada)

Imitaba la esquina del sector del solar un altillo árabe. En el balcón, bajo como petaca, florecía un haz de hierros que recordaba el choque de las lanzas cristianas contra las adargas musulmicas, Era la única casona de sombra hidalga que se proyectaba en la calle de tapiales; por el postigo relucía el patio de armas, limpio como el acero de un mosquete vizcaíno. Del interior salía, a ciertas horas, el fragante tufillo de la olla de guerra del conquistador.

El acta del Cabildo la señalaba ya, en el año 1580, como "cuadra de los Ahumada", cuando querían indicar a otro vecino el nombre de la rúa en que se le iba a dar un nuevo solar.

Los viejos recordaban haber visto en su mocedad al anciano regidor don Juan de Ahumada", sentado en el poyo del zaguán, tomando el fresco en las tardes de verano, en plática con un corro de viejos, duros y apergaminados como él. Su vozarrón sobresalía de las otras voces al relatar las facciones de guerra en que había intervenido, ya dentro del cubo de un fuerte de Arauco o cargando contra los indios en el descubrimiento de Chiloé. El viejo conquistador no podía olvidar, en sus horas de modorra y vela, los días en que vino a Chile, entre los trescientos "Hijos de algo" que acompañaron al bisoño vástago del marqués de Cañete, don García Hurtado de Mendoza, a su costa y aderezado de armas y caballos. Hablaba grandezas de sus amigos don Francisco de Villagra y don Rodrigo de Quiroga, los encumbraba por las nubes; pero no podía ver la pinta de Bravo de Saravia, y sin andar en requilorios le sacaba trapos al sol. Refería las circunstancias en que éste le arrebatara una encomienda de indios, con 1.500 pesos de renta, para dárselas a su hija Ramiriañez.

El portón ya tenía un ascendiente ilustre cuando vino el corregidor y general don Valeriano de Ahumada al solar de sus mayores, a consignar, por perpetuidad en la calle, su nombre esclarecido.

Era hijo de don Juan y de doña Catalina Hurtado de Mendoza. Su nombre figuraba entre los siete colegiales fundadores, en 1611, del Convictorio de los Jesuitas; y más tarde, por haber servido al Rey en una compañía de "caballos ligeros lanzas del número", recibía el espaldarazo de la Militar Orden de Santiago.

Cuando el Gobernador don Francisco Lazo de la Vega arboló el estandarte de Su Majestad y comenzó a llevar gente entre la flor de los caballeros del reino, fue don Valeriano el primero en presentarse al Capitán General con el peto y espaldar de su padre. Quería, como hijo de uno de los primeros pobladores de la campaña, participar en la defensa de la ciudad contra los siete mil indios rebeldes de Purén que, al mando del cacique Putapichún, venían a probar la mano del nuevo Gobernador, y ver si era tan valiente como la fama publicaba.

No es el caso referir la victoria que obtuvo don Francisco de la Vega, en el memorable encuentro del 13 de enero de 1631; pero sí recordar que dio buena parte de su valor al apuesto capitán don Valeriano de Ahumada, que persiguió a los indios hasta los pantanos de Albarrada.

A su regreso, la "Cuadra de los Ahumada" ganó también con esta aureola, y el solar de la esquina fue un jubileo por las numerosas y asiduas visitas que recibió don Valeriano de los vecinos. (1) De este modo el callejón –que partía de la Plaza Mayor a la Cañada de San Francisco- se enraizó en la historia de la ciudad con el nombre de su principal morador y olvidó para siempre la vivienda del oscuro contador de la Real Audiencia, Lázaro de Aránguiz, otro de los vecinos que disputaban el nombre de la cuadra. No en balde su padre, por otro lado, había conseguido, en los años que procedieron a la fundación de Santiago, que su anchura fuera de una tercia más (29cm) de las doce varas castellanas reglamentarias.

Don Valeriano llegó a ser uno de los potentados del reino por su fortuna y rango social. Era dueño de los valles de Petorca y del Choapa, donde el oro crecía como el trigo de sus campos, regado por ríos generosos que prodigaban lavaderos y trapiches.

El terremoto del año 1647 no dejó en la ciudad piedra sobre piedra. El naciente emporio se cubrió de una noche lúgubre y profunda. Sin embargo, de entre aquel hacinamiento de escombros, logró salvarse un retazo del Santiago de la Conquista, pequeño rincón del siglo XVI, que esperaba a un conjuro exaltar a su caballero de los tercios de Albarrada para emprender una cruzada legendaria, Ese solar, salvado milagrosamente, fue el de los Ahumada; y, por su balconete, viosé asomar la faz meditabunda de don Valeriano al contemplar desolado, a sus pies tanta ruina y tanto dolor.

Se quiso entonces cambiar de ubicación a la ciudad del nuevo Extremo, y se señalaron sitios como el de Talagante y Quillota; pero aquel rostro de Santiaguino neto alzó ante el poder toda la fuerza latente en su espíritu, que creía en los destinos de la ciudad que fundara don Pedro de Valdivia. Su ojo avizor, acostumbrado a husmear los contrafuertes andinos, no cejó un punto en las discusiones del Cabildo, y con la piedra angular de su esquina atalayó para siempre su nombre de Ahumada en la calle que hoy es la única que conserva desde su origen el nombre de un conquistador del siglo XVI. (2)

Fuente:
Libro "Santiago Calles Viejas" de Sady Zañartu